

al que concurrieron el duque de Alba, el prior de San Juan don Antonio de Toledo, el vicecanciller de Aragón don Bernardo de Bolea, el obispo de Orihuela maestro Gallo, el inquisidor don Pedro de Deza, el licenciado Menchaca y el doctor Velasco, del Consejo y cámara real, se determinó reproducir, pero con mas rigor, la pragmática de 1526 de Carlos V y las providencias y medidas acordadas entonces en la junta de Granada. Los capítulos acordados en esta junta fueron: prohibición absoluta á los moriscos de hablar y escribir la lengua arábica, ni en público ni en secreto; obligación de hablar castellano, y entregar todos sus libros arábicos al presidente de la audiencia; renuncia completa de los ritos, trajes, nombres y costumbres moriscas; destrucción de sus baños medicinales y de aseó; mandamiento de tener abiertas sus casas y de andar las mujeres con los rostros descubiertos; en una palabra, dejar todo lo que era morisco, y hacer pública y privadamente todo lo que hacían los cristianos. Firmó el rey esta pragmática en 17 de noviembre de 1566.

Opinaban muchos y proponían que estos capítulos se fuesen ejecutando poco á poco y por partes, pero el presidente Espinosa se empeñó en que habían de hacerse cumplir todos juntos y á un tiempo. Para esto se nombró presidente de la audiencia de Granada al inquisidor Deza, que marchó á aquella ciudad á dar cumplimiento al acuerdo del Consejo, y se hizo ir también al capitán general don Iñigo Lopez de Mendoza, ya marqués de Mondejar por muerte de su padre Luis Hurtado, para que diese calor á aquellas medidas con su presencia. El presidente Deza hizo imprimir secretamente la pragmática, y dispuso pregonarla simultáneamente en Granada y en todo el reino el 1.º de enero de 1567, vispera de la fiesta que se celebraba todos los años en conmemoración del día en que fué ganada á los moros la ciudad, para infundir así mayor consternación y terror á los moriscos. El pregon se hizo con toda pompa, y á son de trompetas, timbales y dulzinas; pero el efecto que produjo en los moriscos no fué de consternación y de terror, sino de indignación y de ira, que no podían reprimir, prorumpiendo unos en amargas quejas, otros en amenazas de venganza, y pronosticando los mas ancianos que aquella pragmática había de traer la destrucción del reino. Los moriscos de la Alpujarra y de las serranías y marinas despacharon inmediatamente comisionados á Granada á informarse de cómo lo habían tomado y lo que pensaban los del Albaicín. No estaban estos menos irritados que los de la sierra, pero eran ricos ó industriosos, y creyeron prudente, antes de apelar á remedios extremos, ensayar algunas negociaciones. Determinaron, pues, enviar á Madrid como procurador general á Jorge de Baeza para que solicitara del rey la revocación de la pragmática, y que Francisco Nuñez Muley, hombre entre ellos respetable por su edad, saber y experiencia, se presentara al presidente Deza y viera de ablandarle con razones.

El discurso de Nuñez Muley fué enérgico, vigoroso y elocuente, y en él iba demostrando capítulo por capítulo, ó la injusticia, ó el riesgo, ó la inutilidad de las medidas (1). Algu-

(1) Son notables varios párrafos de este discurso: «Cuando los naturales deste reino (empieza) se convirtieron á la fe de Jesucristo, ninguna condición hubo que los obligase á dejar el hábito ni la lengua, ni las otras costumbres que tenían para regocijarse con sus fiestas, zambras y recreaciones; y para decir verdad, la conversión fué por fuerza, contra lo capitulado por los señores Reyes Católicos cuando el rey Abdilehi (nuestro Boabdil) les entregó esta ciudad, y mientras Sus Altezas vivieron, no hallo yo con todos mis años que se tratase de quitárselo. Despues, reinando la reina doña Juana, su hija...»—Va haciendo la historia de las provisiones que en diferentes tiempos se habían dado contra ellos, y de la contradicción que siempre habían hallado, hasta venir á los capítulos de la presente pragmática, y dice: «Quien mirare las nuevas premáticas por de fuera, pareceránle cosa fácil de cumplir; mas las dificultades que traen consigo son muy grandes, las cuales diré á vuestra señoría por extenso para que compadeciéndose deste miserable pueblo, se apiade del con amor y caridad, y le favorezca con S. M., como lo han hecho siempre los presidentes pasados. Nuestro hábito cuanto á las mujeres no es de moros; es traje de provincia, como en Castilla y en otras partes se usa diferenciarse las gentes en tocados, en sayas y en calzados. El vestido de los moros y turcos ¡quién negará sino que es muy diferente del que ellos traen? Y aun entre ellos mismos se diferencian... Si la seta de Mahoma tuviera traje

nas de sus razones eran convincentes, y de aquellas que no admiten réplica; mas no era hombre de dejarse ablandar por ellas el presidente, y despues de algunas buenas palabras concluyó con decir que tuviesen por cierto que la pragmática no se había de revocar, «pues era tan santa y pura, y había sido hecha con tanta deliberación y acuerdo.» Y llamando á Jorge de Baeza, le intimó que por ninguna via viniese á Madrid á tratar de aquel negocio con el rey, pues S. M. no gustaria de ello. Tampoco consiguió nada el marqués de Mondejar, que se hallaba en la corte, representando, como persona tan competente que era por su cargo de capitán general, los inconvenientes de tan duras medidas. El presidente Espinosa le dió por toda respuesta, que aquella era la voluntad de S. M., y que se fuese cuanto antes á Granada, donde era necesaria su presencia. Los dos inquisidores presidentes, Espinosa del Consejo, y Deza de la chancillería, hicieron imposible toda modificación en los capítulos.

Habiase señalado el último día de diciembre de 1567 para que las mujeres moriscas dejasen sus antiguos trajes; el presidente y el arzobispo de Granada ordenaron á los párrocos de todo el reino que lo anunciaran así en las iglesias en la misa mayor: que se empadronaran todos los niños y niñas de los moriscos de tres á quince años para hacerlos ir á las escuelas á aprender la doctrina y la lengua castellana; que todos los de las sierras y valles que habían ido á avecindarse en Granada con sus familias, salieran otra vez, pena de la vida, á poblar los antiguos lugares. Reclamaron de nuevo los moriscos al presidente sobre la injusticia de tales mandamientos, y no obtuvieron de él mas indulgencia que antes. Vino á Madrid á

propio, en todas partes había de ser uno: pero el hábito no hace al monje. Vemos venir los cristianos, clérigos y legos de Suria y de Egipto vestidos á la turquesca... hablan arábigo y turquesco, no saben latin ni romance, y con todo eso son cristianos. Acuérdomé, y habrá muchos de mi tiempo que se acordarán, que en este reino se ha mudado el hábito diferente de lo que solia ser, buscando las gentes traje limpio, corto, liviano y de poca costa, tiñendo el lienzo y vistiéndose dello. Hay mujer que con un ducado anda vestida, y guardan las ropas de las bodas y placeres para tales días, heredándolas en tres y cuatro herencias. Siendo, pues, esto así, ¡qué provecho puede venir á nadie de quitarnos nuestro hábito, que bien considerado, tenemos comprado por mucho número de ducados con que hemos servido en las necesidades de los reyes pasados! ¡Por qué nos quieren hacer perder mas de tres millones de oro que tenemos empleado en él, y destruir á los mercaderes, á los tratantes, á los plateros y á otros oficiales que viven y se sustentan con hacer vestidos, calzado y joyas á la morisca? Si doscientas mil mujeres que hay en este reino, ó mas, se han de vestir de nuevo de piés á cabeza, ¡qué dinero les bastará!... Los hombres todos andamos á la castellana, aunque por la mayor parte en hábito pobre: si el traje hiciera seta, cierto es que los varones habían de tener mas cuenta con ello que las mujeres...»

Tratando de la variación de lengua, decía: «Pues vamos á la lengua arábica, que es el mayor inconveniente de todos. ¡Cómo se ha de quitar á las gentes su lengua natural, con que nacieron y se criaron? Los egipcios, surianos, malteses y otras gentes cristianas, en arábigo hablan, leen y escriben, y son cristianos como nosotros; y aun no se hallará que en este reino se haya hecho escritura, contrato ni testamento en letra arábica desde que se convirtió. Deprender la lengua castellana todos lo deseamos, mas no es en manos de gentes. ¡Cuántas personas habrá en las villas y lugares fuera desta ciudad y dentro della, que aun su lengua árabe no la aciertan á hablar sino muy diferente unos de otros, formando acentos tan contrarios, que en solo oír hablar un hombre alpujarreño se conoce de qué taha es? Nacieron y criáronse en lugares pequeños, donde jamás se ha hablado el aljamía ni hay quien la entienda, sino el cura ó el beneficiado ó el sacristán, y estos hablan siempre en arábigo: dificultoso será y casi imposible que los viejos la aprendan en lo que les queda de vida cuanto mas en tan breve tiempo como son tres años aunque no hiciesen otra cosa sino ir y venir á la escuela. Claro está ser este un artículo inventado para nuestra destrucción, pues no habiendo quien enseñe la lengua aljamía, quieren que la aprendan por fuerza, y que dejen la que tienen tan sabida, y dar ocasión á penas y achaques, y á que viendo los naturales que no pueden llevar tanto gravámen, de miedo de las penas dejen la tierra, y se vayan perdidos á otras partes y se hagan monjes (salteadores). Quien esto ordenó, con fin de aprovechar y para remedio y salvación de las almas, entienda que no puede dejar de redundar en grandísimo daño, y que es para mayor condenación. Considérese el primero mandamiento, y amando al prójimo, no quiera nadie para otro lo que no querría para sí; que si una sola cosa de tantas como á nosotros se nos ponen por premática se dijese á los cristianos de Castilla ó del Andalucía, morirían de pesar, y no sé lo que harían...»

Puede verse el discurso íntegro en Mármol, Rebelion, lib. II, cap. 10.

interceder por ellos el ilustre don Juan Enriquez de Baza. Mas sus buenos oficios se estrellaron también en la inflexibilidad del presidente Espinosa. «Admirome, le dijo, que una persona de vuestra calidad haya aceptado semejante encargo. —Precisamente mi calidad, le contestó Enriquez, es la que me ha hecho tomar á mi cargo un negocio de que depende la tranquilidad del reino, y si los hombres de mi calidad no ponen en ello la mano, ¿quién con mejor título lo podrá hacer?» Y á influjo de Espinosa, el rey, sin querer abrir siquiera el memorial que llevaba el ilustre mediador, decretó que acudiesen al presidente don Pedro de Deza.

Últimamente, desatendidas todas sus instancias y reclamaciones, y desahuciados los moriscos, así en Madrid como en Granada, se prepararon para alzarse en rebelion, á cuyo efecto sacaron á luz ciertas profecías, llamadas *jofores*, que algunos tenían en sus libros (1). Solo la desesperación pudo inspirar resolución tan arriesgada y atrevida á unos hombres sin armas, sin municiones, sin vituallas, sin disciplina militar, sin fortalezas y sin dinero, teniendo que habérselas con el mas poderoso soberano de la tierra; así es, que los ministros del rey tenían por cosa tan fácil el sujetarlos, en el caso de alteración, que cuando hicieron marchar al marqués de Mondejar de Madrid le dieron por todo refuerzo trescientos hombres. Los moriscos del Albaicín excitaban mañosa y secretamente á los de la Alpujarra, animándolos con muy halagüeñas esperanzas, en lo cual no tanto se proponían ellos el triunfo de la rebelion, cuanto lograr á costa de otros el que por temor al levantamiento se viniese á suspender la pragmática. De entre los granadinos, solo un tintorero llamado Farax Aben Farax, del linaje de los Abencerrajes, hombre muy para el caso por su energía y valor, y de muchas relaciones por su tráfico y oficio en todo el reino, fué el que se atrevió á tomar el negocio á su cargo, y comunicándolo con algunos de sus amigos de Granada, entre ellos Fernando Muley de Valor, llamado comunmente el Zaguer, Diego Lopez Aben Aboo, Miguel de Rojas, Aben Thoar, y otros varios, concertaron dar el golpe el día de Jueves Santo (14 de abril, 1568), como día en que los cristianos, ocupados en las ceremonias y actos religiosos, estarían mas descuidados.

Mas como esto llegara á adquirir cierta publicidad, y los del Albaicín tuvieran interés en alejar de sí toda sospecha, presentáronse los mas ricos y principales al presidente de la audiencia, é hicieronle mil protestas de su cristianismo y su fidelidad. Esto no impidió para que el presidente mandase á los alcaldes de chancillería y escribanos del crimen que buscaran todos los procesos que hubiese contra los moriscos, y que fuesen poco á poco prendiendo á los procesados y sospechosos, cuyo mandamiento produjo nuevos agravios, viéndose perseguidos y atropellados hombres que habían hecho grandes servicios. Pero observando los jefes de la rebelion las prevenciones de las autoridades, avisaron para que se suspendiera el movimiento.

Pasó el Jueves Santo sin novedad; pero la noche de la vispera de Pascua, creyendo el centinela de la torre de la Alhambra que eran moriscos unos soldados que subían con hachas de viento al cerro del Albaicín, tocó la campana de rebato, y gritaba desde la torre: «Cristianos, alerta, que esta noche vais á ser degollados.» Alborotóse con esto la ciudad; las mujeres corrian á los templos; los hombres salían armados y medio desnudos, sin saber dónde habían de acudir; hasta los frailes de San Francisco se presentaron armados en la

(1) Hé aquí cómo comenzaba uno de estos jofores: «En el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Léese en las divinas historias que el mensajero de Dios estaba un día sentado, pasada la hora de la oración que se hace al mediodía, hablando con sus discípulos, que están todos aceptos en gracia, y á la sazón sobrevino el hijo de Abi Talid y Fátima Alzaha, que están asimesmo aceptos en gracia, y asentándose par del, le dijeron: ¡Oh mensajero de Dios! haznos saber cómo ha de quedar el mundo á tu familia al fin del tiempo, y cómo se ha de acabar.» El cual les dijo: «El mundo se ha de acabar en el tiempo que hubiere la gente mas perversa y mala...»—Trad. de Mármol, lib. III, cap. 3.

El conde de Circout, en su Historia de los Moros mudéjares y de los Moriscos de España, ha publicado traducidos al francés, el Discurso de Nuñez Muley y esta profecía, en el tomo II, apénd. 8 y 9.

plaza; el presidente de la audiencia y el corregidor hicieron tomar las boca-calles del Albaicín, y pasaron toda la noche rondando, hasta que se penetraron del motivo de la falsa alarma. Al día siguiente (17 de abril) llegó á Granada de la corte el marqués de Mondejar, con cuya presencia se aquietaron un tanto los moriscos, puesto que les permitió representar de nuevo á S. M. sobre las injusticias, tiranías y agravios que con ellos se cometían. El encargado de esta comisión fué el ilustre don Alonso de Granada Venegas, descendiente del célebre príncipe Cid Hiaya, de quien tanto tuvimos que decir en la historia de los Reyes Católicos. Pero la misión de Venegas no tuvo mas favorable éxito que la anterior de don Juan Enriquez. Ahora como antes, el presidente del Consejo de Estado, Espinosa, lo remitió al de la audiencia de Granada, á quien estaba cometido aquel negocio.

Como se ve, no faltaban personajes de cuenta que intercedieran y abogaran con interés por los moriscos; mas todos sus buenos oficios se estrellaban en la dureza de «dos berbetes,» como decía el marqués de Mondejar, aludiendo á los dos presidentes inquisidores, Espinosa y Deza. El mismo marqués, con ser el capitán general del reino de Granada, destinado á hacer ejecutar la pragmática ó á perseguir á los rebeldes, tendía mas á transigir con los moriscos que á hacerles guerra. Pero sucedió que yendo con su hijo el conde de Tendilla á visitar la costa, vinieron á parar á sus manos un libro arábigo y unos papeles sueltos que se le habían caído á un morisco del Albaicín, que con algunos otros, conducidos todos por Aben Daud, habían intentado embarcarse para Africa, llevando consigo algunas mujeres y tres cristianos cautivos, y por haber sido denunciados y descubiertos habían tenido que volver á refugiarse en la sierra. Los papeles sueltos eran una larga elegía en verso, pintando los trabajos y la opresión en que vivían los moriscos andaluces, y una carta escrita por Daud á los moros de Berbería suplicándoles viniesen á ayudarles á sacudir el yugo y á salir de la angustiosa esclavitud en que gemían, y que los nuevos bandos iban á hacer mas insoportable. Con esto ya no quedó duda al marqués de los designios de los moriscos, á pesar de la quietud y sosiego que aparentaban.

Así fué, que congregados los del Albaicín en una casa no lejos del edificio mismo de la Inquisición, acordaron la necesidad de un pronto y general alzamiento para la noche del día de año nuevo, porque sus pronósticos aseguraban que Granada sería reconquistada por los musulmanes el mismo día que se había perdido. El plan era que la revolución comenzara en el mismo Albaicín, no moviéndose los de las sierras y valles hasta que se les diera aviso y señal de la ciudad. Entre tanto se enviaron oficiales de confianza para que empadronaran con el mayor disimulo posible hasta ocho mil hombres en los lugares de la Vega y valle de Lecrin, y otros dos mil en la sierra. A la señal que se les haría del pico de Santa Elena acudirían todos estos vestidos á la turca, para que pareciesen turcos que venían de socorro. El órden que los de la ciudad habían de seguir, era dividirse en tres trozos, mandados cada uno por un jefe; se señalaron los colores de cada estandarte, los barrios y parroquias cuya gente había de acudir cada uno, los puestos que cada cual había de atacar, debiendo todos matar los cristianos que pudieran, soltar los presos de las cárceles de Chancillería é Inquisición, prender ó matar al presidente Deza y al arzobispo, y reunirse todos en la plaza de Bibarrambra, donde habían de acudir los ocho mil hombres de la Vega y valle de Lecrin, y de allí á donde conviniese para poner á fuego y sangre la ciudad.

Por mas que el plan de los conjurados no dejara de trasladarse, ni el presidente ni el marqués acababan de persuadirse de que pudiera hacerse un levantamiento general, y atribuíanlo todo á algunos perdidos, interesados en revolver el país; y aunque uno de ellos, acaso arrepentido, reveló como en confesión cuanto se trataba á un jesuita llamado el padre Albotodo (23 de diciembre, 1568), y este dió cuenta de ello á las autoridades, contentáronse con reforzar las guardias y rondar aquella noche. Sucedió en esto que los monfis ó salteadores alpujarreños, movidos ya por Farax Aben Farax, no tuvieron calma para esperar, y arrojándose sobre varios escribanos y

alguaciles de la audiencia, que habian salido á la sierra á pasar, segun costumbre, las vacaciones de Pascua, y andaban por los pueblos causando vejaciones á los moriscos, los asenaron y se apoderaron de cuanto llevaban. La noticia de este suceso, que llegó el primer día de Pascua á las autoridades granadinas, no las alarmó tanto como era de esperar; creyeron que algunos moros berberiscos habrian desembarcado en la costa para ayudar á los monfis á tomar algun lugar, como otras veces lo habian hecho; y como aquel día lo fuese de un temporal frio y deshecho de agua y nieve, ni siquiera se creyó hacer en la ciudad la ronda de costumbre.

Muy de otra manera obró el activo y resuelto Aben Farax. Sin reparar en lo terrible y crudo de la noche, con menos de doscientos salteadores de la sierra que pudo recoger, diciendo á los alpujarreños que los del Albaicin les darian ya pronto la señal de la insurreccion, y asegurando á los del Albaicin que los ocho mil hombres de Lecrin y de la Vega le seguian; haciendo á sus salteadores vestirse tocas y turbantes turquescos, á la media noche llegó á las puertas de Granada; con picos y otros instrumentos que llevaba agujereó el muro, entró audazmente en la ciudad, sorprendió un centinela y una guardia de soldados cristianos, recorrió con su gente dividida en dos cuadrillas varias calles, asaltó con ella algunas casas, despertó á voces á los moriscos del Albaicin llamándolos á las armas, porque era llegada la hora y toda la tierra de los moros se habia ya alzado. Mas como aquellos mirasen y viesan tan poca gente, «Idos con Dios, hermanos, les dijeron, que sois pocos y venís sin tiempo.» Con esta respuesta, y oyendo ya tocar á rebato las campanas de San Salvador, el atrevido Aben Farax, renegando de sus hermanos del Albaicin, é insultando groseramente su cobardía, volvió á salir al rayar el alba por el portillo por donde habia entrado, la vuelta de Cénes, no habiendo acudido tampoco á auxiliarse los de la Alpujarra, porque la nieve no les habia permitido franquear la sierra.

De tal manera habia sido aquella entrada, que se pasó gran parte del día sin poderse averiguar en la ciudad la verdad de lo que habia pasado, y quiénes, y cuántos, y de qué calidad habian sido los invasores. El marqués de Mondejar hizo reconocer con muchas precauciones el Albaicin, y le halló sosegado y todos los moros encerrados en sus casas para no ser robados en el alboroto. Con noticias que fué adquiriendo, despachó á uno de sus escuderos para que averiguara la dirección que los monfis llevaban en su retirada. Cuando volvió el explorador con noticia de haberlos visto, salió el marqués con sus hijos y cuantos caballos habia disponibles en su seguimiento, dejando órden al corregidor para que le enviara la infantería, segun se fuera reuniendo, hácia Dilar por la falda de Sierra Nevada, que era el camino que llevaban los monfis. Pero se habia perdido ya tanto tiempo, que cuando los cristianos llegaron á darles vista era ya casi de noche, y Aben Farax y los suyos se ocultaron entre las sierras cubiertas de nieve, y renunciando el marqués á darles alcance, se volvió á la ciudad.

Habia entre los moriscos granadinos un jóven llamado don Fernando de Córdoba y Valor, descendiente de los antiguos califas Beni-Omeyas, que habia sido caballero veinticuatro de la ciudad de Granada. Este jóven, de carácter ligero, de no muy arreglada conducta, y que por su prodigalidad se hallaba cargado de deudas, habiendo tenido que vender hasta su veinticuatria, y se encontraba reducido á prision, tuvo medio de evadirse la noche de la víspera de Navidad, y dió consigo en la Alpujarra acompañado solamente de una morisca su amiga y de un esclavo negro. Alojose en Beznar en casa de un pariente suyo, donde concurrieron otros muchos de su parentela. Acordaron estos entre sí, y con otros moriscos rebeldes de tierra de Orgiba que allí acudieron, que puesto que el país se sublevaba y no tenian cabeza á quien obedecer, seria bueno nombrar un rey, y nadie podia serlo mejor que el mismo don Fernando de Valor, toda vez que venia de línea derecha de reyes, y no estaba menos ofendido que otro alguno de los cristianos. Aclamáronle, pues, por rey de Granada y de Andalucía con el nombre de Muley Mohamet Aben Humeia. Hizose la ceremonia de la coronacion con la antigua fórmula de los musulmanes, rezó su oracion, juró morir en defensa de

la fe musulmica, y todos le fueron besando la mano segun la costumbre antigua de sus mayores.

Al segundo día de este ensalzamiento, aparecióse allí Farax Aben Farax de regreso de Granada con sus compañías de bandidos con una algazara como si volviera victorioso. Alteróse grandemente al saber que acababa de ser alzado por rey don Fernando de Valor, siendo así que él habia sido nombrado antes cabeza y gobernador de todos los moriscos por los del Albaicin, diciendo á voz en grito que si la stirpe de don Fernando era ilustre, él tambien descendia de la noble familia de los Abencerrajes, y era el primero que habia dado al pueblo la voz de libertad. Insistían los de Beznar en que no habia de ser otro que el que habian elegido; sobre esto hubieron de venir á las manos, pero mediaron algunos, y lograron concertar á los dos aspirantes á aquel simulacro de trono, quedando convenido que don Fernando de Valor seria el rey, y Aben Farax su alguacil mayor, cargo el mas preeminente entre los moros cerca de la persona real. De nuevo aclamaron los de Beznar á Valor en el campo debajo de un olivo, y Aben Farax se fué con trescientos monfis ó salteadores á acabar de sublevar la Alpujarra.

«Congoja pone verdaderamente pensar, cuanto mas haber de escribir las abominables maldades con que hicieron este levantamiento los moriscos y monfis de la Alpujarra y de los otros lugares del reino de Granada.» Con estas palabras comienza el minucioso historiador de la Rebelion y Castigo de los Moriscos la narracion del alzamiento general de las *tabas* ó distritos en que moraban los moros alpujarreños (1). En verdad estremece y horroriza la relacion de las atroces y bárbaras iniquidades que se cometieron en esta insurreccion, autorizadas unas y mandadas otras por el feroz Farax Aben Farax. Si la causa de los moriscos hubiera sido justa, bastarian á hacerla detestable las cruels abominaciones con que la mancharon, sin que por eso disculpemos ni menos podamos justificar á los que con medidas ó imprudentes ó exageradas exasperan á un pueblo y le conducen á la desesperacion.

Estremecen, repetimos, y horrorizan los actos de bárbara venganza que ejercieron en los cristianos aquellos terribles monfis ó salteadores, y hacen rebosar de amargura el corazon, y hasta la pluma parece resistirse á estamparlos. Era poco saquear y destruir casas y templos, romper imágenes, despedazar reliquias, hollar las formas sagradas, y profanar todos los objetos del culto religioso: era poco prender los sacerdotes, pasearlos desnudos y descalzos por plazas y calles con público escarnio y ludibrio: era poco dar muerte á todos los cristianos que pudieran haber de diez años arriba, «sin respetar vecino á vecino, compadre á compadre, y amigo á amigo:» era poco incendiar la torre ó el templo en que se hubieran refugiado los niños y las mujeres cristianas huyendo del cuchillo homicida, hasta hacerla desplomarse sobre los infelices que estaban dentro, aplastándolos á todos: era menester á aquellos hombres furiosos é iracundos apurar el refinamiento de los tormentos, de los martirios mas atroces y bárbaros. Aquí enterraban á un sacerdote vivo hasta el cuello, y se entretenían en asactearle la cabeza. Allí mutilaban á otro miembro á miembro, y luego entregaban el cuerpo á las mujeres para que le picasen con agujas. Acá quemaban un convento de agustinos, y anegaban á los infelices en aceite hirviendo. Allí eran centenares de prisioneros, á quienes despues de haber atormentado con todo género de instrumentos cortantes y de punta, los llevaban á la hoguera, quemándolos de cuatro en cuatro, para que durara mas tiempo el espectáculo y presenciaran los unos los suplicios de los otros. Hombre habia..... mas no hombre, sino fiera, que arrancaba el corazon á un cristiano, y le devoraba como hambriento tigre. Eclesiástico hubo á quien despues de muerto llenaron el cuerpo de pólvora y le pusieron fuego por tener el placer de verle estallar como una bomba. El martirio

(1) *Taha* ó *taa* se llamaba el partido, distrito, jurisdiccion ó agregacion de pueblos sujetos á un alcaide ó gobernador militar. Las *tabas* ó cabezas de distrito eran doce: Orgiba, Poqueira, Ferreira, Jubiles, Ujijar, Andarax, Luchar, Marchena, Los Cebeles, Adra, Berja y Dalías. Se conserva todavía en Andalucía esta voz geográfica, dice el Diccionario de voces españolas geográficas publicado por la Academia de la Historia.

del cura de Canjayar don Marcos de Soto enciende en ira santa al hombre que no tenga del todo borrado el sentimiento de la humanidad. Despues de haberle de mil maneras escarnecido en el púlpito de su misma iglesia á que le amarraron y sujetaron; despues de haberle arrancado la barba y las cejas; despues de haberle ido mutilando las extremidades, extraído-le los ojos con que los vigilaba, y sacádole la lengua con que los reprendia, echaron su corazon á los perros..... No podemos proseguir (1).

Sobre tres mil españoles perecieron de estas horribles maneras en el espacio de seis días, por órden y á presencia del feroz Aben Farax. Al fin el reyezuelo Aben Humeia, bien fuese que le repugnaran tales horrores y crueldades, bien que entrara en su cálculo observar otra política, mostróse indignado de ver las sendas y caminos por donde andaba sembrados de cadáveres, y mandó por pregon que no se diera muerte á las mujeres ni á los niños, y que á los hombres mismos no se los ejecutara sin formacion de proceso. Creció su indignacion al ver que ni sus amigos personales habian sido perdonados por su bárbaro alguacil mayor, y al llegar al castillo de Laujar (29 de diciembre de 1568), residencia en otro tiempo del desgraciado Boabdil, mandó comparecer á Farax, y haciendo mañosamente retirar á sus monfis, y privándole así del apoyo que pudieran darle aquellos verdugos, le intimó que rindiera cuentas de sus robos al tesorero Miguel de Rojas. No era fácil que se pudiera justificar el autor de tantos crímenes, y aunque Aben Humeia no le impuso toda la expiacion que merecia, al menos hizo un bien á la humanidad con inutilizarle quitándole el cargo y mando de alguacil mayor, y trasfiriéndoselo á su antagonista Aben Jahuar el Zaguer, tío de Aben Humeia.

Este rey de los moriscos, despues de haberse hecho coronar de nuevo solemnemente en Laujar, publicó un edicto ordenando la insurreccion general de todos los moriscos del reino, pero prohibiendo los asesinatos bajo pena de la vida y de confiscacion de bienes. Nombró un alcaide para cada taha, y volviéndose á Ujijar pasó á correr el valle de Lecrin (30 de diciembre), que todo hasta el pié de Sierra Nevada estaba por los moriscos, rechazadas de él las avanzadas cristianas. Para acreditarse de verdadero musulman, inmediatamente despues de su coronacion se habia casado con tres mujeres, de familias influyentes, además de la que de Granada habia llevado consigo.

Mientras así se habian ido alzando una tras otra y con poco intervalo de tiempo todas las tahas de la Alpujarra, en Granada, despues de muchas dudas sobre el partido que convendria tomar para sofocar la insurreccion, reunida la audiencia con su presidente don Diego de Deza, propuso uno de sus individuos, el licenciado Nuñez de Bohorques, consejero que habia sido de Castilla y de la Inquisicion, que se hiciera salir veinte leguas tierra adentro de la ciudad á todos los moriscos del Albaicin y de la Vega, donde no pudieran auxiliar á los de la sierra ni con avisos, ni con armas, ni con gente, ni con consejo; la medida parecia bien á todos, pero se tuvo por peligroso ejecutarla, y por prudente suspenderla. Dióse de todo parte al rey, y el marqués de Mondejar ordenó á todos los señores de Andalucía que le acudiesen á la mayor presteza con gente de armas. El presidente de la audiencia por su parte, con noticia de que la rebelion se extendia ya hasta el reino de Murcia, acordó avisar tambien al adelantado de aquel reino don Luis Fajardo marqués de los Velez, creyendo que su solo nombre llenaria de terror á los moriscos y los haria entrar en razon. Los de la ciudad se presentaron otra vez con su procurador general al presidente Deza, protestando de nuevo no tener parte alguna en el alzamiento, estar prontos á servir al

(1) Mendoza, en el libro I de su Guerra de Granada da cuenta de estas atrocidades en globo, y solo refiere en particular alguno que otro caso notable. Marmol, mas extenso y minucioso, dedica unos treinta capítulos del libro IV de su obra á hacer la descripcion topográfica de cada taha, á contar detenidamente la manera y circunstancias del alzamiento de cada una, y á consignar los actos de horrible barbarie que se cometieron en cada pueblo. Crónica escandalosa de los moriscos se podia llamar este libro IV de la Historia de su rebelion, y de él podia sacarse un cuadro estadístico criminal que repugnaria leer.

rey con sus haciendas como buenos y honrados, y á observar y cumplir la pragmática de S. M. Pero continuaron las precauciones, la vigilancia y las rondas en Granada, así como la insurreccion prosiguió extendiéndose por todo el país comprendido entre Granada, Málaga, Murcia y Almería.

Daban ya harto que hacer los rebeldes moriscos á los capitanes cristianos Diego de Quesada, García de Villaroel, Diego de Gasca, Ramirez de Haro y otros, en Orgiba, en Tablete, en las Guájaras, en Salobreña, en muchos lugares de la Alpujarra y valle de Lecrin y las cercanías de Almería, cuya ciudad se veia amenazada, mientras Aben Humeia se fortificaba en la taha de Poqueira, el mas áspero territorio de la comarca insurreccionada. Aunque no abundaban en Granada los recursos para emprender una guerra, porque hombres, dinero, vituallas, todo lo necesitaba el rey para las que estaba sosteniendo en otros países, la necesidad era urgente, si no se habia de dejar á los moriscos enseñorearse de todo el reino. Y así, recogiendo el marqués de Mondejar cuantas compañías de infantes y caballos pudo de las ciudades de Loja, Alhama, Alcalá la Real, Antequera, Jaen, y de los lugares de la Vega; dejando el gobierno militar de Granada á cargo de su hijo el conde de Tendilla, emprendió la campaña contra los moriscos sublevados (3 de enero de 1569), con poco mas de dos mil hombres, gente lucida y bien armada, pero nueva y poco hecha á la disciplina, llevando consigo á su yerno don Alonso de Cárdenas, á don Francisco de Mendoza su hijo, á don Luis de Córdoba, don Alonso de Granada Venegas, don Juan de Villaroel y otros muchos caballeros, y los capitanes de la gente de las ciudades nombradas.

Con este pequeño ejército llegó al lugar del Padul, donde habremos de dejarle por ahora, mientras damos cuenta de otros sucesos no menos ruidosos que entre tanto habian acontecido en la corte (2).

(2) A no dudar, los dos autores de mas crédito y que pueden mejor servir de guía para conocer las causas que prepararon y produjeron este lamentable episodio de la historia de España, el carácter del levantamiento de los moriscos, y los sucesos de la sangrienta guerra que dejamos comenzada, son don Diego Hurtado de Mendoza y Luis del Mármol, ambos contemporáneos y que pudieron ser testigos de los acontecimientos, ambos dotados de claro y recto juicio, de cualidades históricas, de grande erudicion, y colocados en condicion ventajosa por su posicion social para poder escribir con conocimiento y con datos.

Don Diego Hurtado de Mendoza, autor de la *Guerra de Granada*, vástago de una de las mas nobles y esclarecidas familias del reino, descendiente del célebre marqués de Santillana, y quinto hijo de don Iñigo Lopez de Mendoza, segundo conde de Tendilla, primer marqués de Mondejar; discípulo del sabio Pedro Mártir de Angleria y del famoso sevillano Montesdoea; versado en los estudios de jurisprudencia y de humanidades, y en las lenguas latina, griega, arábiga y hebrea, que habia cultivado en Granada, Salamanca, Padua, Roma y Bolonia; distinguido como militar en las guerras de Italia del tiempo del emperador; embajador por Carlos V en Venecia y en Roma, y uno de los nobles españoles que asistieron en representacion y con poderes del emperador al concilio de Trento, y de los que se opusieron á su traslacion á Bolonia; en cuyos honrosos cargos se señaló por su energía, su valor, y aun su dureza en defender los derechos y prerogativas de su soberano contra las pretensiones de la corte pontificia; nombrado por Felipe II para una comision delicada en Aragon; por último alternativamente desterrado é indultado por el rey á causa de algunos arranques de su genio severo y un tanto impetuoso; poseedor de una preciosa librería que regaló al rey para su biblioteca del Escorial; autor de varias obras literarias graves y festivas, de las cuales unas se han publicado impresas, y otras existen manuscritas en la Biblioteca Nacional: tales son en compendio los títulos del autor de la Guerra de los moriscos de Granada. Muéstrase en ella familiarizado con las escenas que describe y con los sucesos que relata, los cuales se ven por lo tanto marcados con el sello de la verdad. Su estilo es por lo comun vigoroso y brillante, bien que se note demasiado estudio en imitar á los clásicos antiguos, y en especial á Salustio, que parece se propuso por modelo. Es digna de elogio la franqueza con que suele censurar, así las providencias del gobierno, como las operaciones de los generales cristianos, á pesar de haber sido algunos de ellos tan próximos parientes suyos. Sin embargo, su obra se puede considerar mas como un bosquejo que como una verdadera historia de aquel período. Así poco mas ó menos la juzgan tambien Ticknor en su Historia de la Literatura española, tom. II, y el autor de la Noticia de las obras y autores de historias de sucesos particulares que precede al tomo XXI de la Biblioteca de Autores españoles.

Luis del Mármol Carvajal, tambien guerrero antes que historiador como Mendoza; que por espacio de veintidos años siguió las banderas